

THESIS

NUEVA REVISTA DE
FILOSOFÍA Y LETRAS

► HOMENAJE A ERICH FROMM

► GIUSEPPE AMARA

► JORGE SILVA GARCÍA

► JULIANA GONZÁLEZ

► JOSÉ PASCUAL BUXÓ

► GIUSEPPE UNGARETTI

8

► CLAUDE MOSSÉ

► ROBERT PENN WARREN

► MARGARITA VALDÉS

► WONFILIO TREJO

► EDUARDO A. RABOSI

► MÓNICA MANSOUR ► CARLOS PEREYRA ► DOLORES FERNÁNDEZ

► ULRICH VON WILAMOWITZ MOELLENDORF

► ENRIQUETA GONZÁLEZ PADILLA

ANNUNZIATA ROSSI



40.00 pesos

Enero / 1981

THESIS

**Nueva Revista de Filosofía y Letras.
Año III, Número 8
Enero/1981**





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

Secretario General Académico:

Dr. Fernando Pérez Correa

Secretario General Administrativo:

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

**THESIS. NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras**

Director: Abelardo Villegas

Editor: Benjamín Villanueva

**Consejo de Redacción: José Pascual Buxó,
Juliana González, Benjamín Villanueva**

Secretaria de Redacción: Elsa Cross.

Índice

ERICH FROMM: *Idolatría, Soledad, Amor (Mesa redonda)*

GIUSEPPE AMARA:

El dilema de la conciencia en la teoría de Fromm 4

JULIANA GONZÁLEZ:

Fromm y la naturaleza ética del hombre 9

JORGE SILVA GARCÍA:

Erich Fromm: problemas centrales del hombre: amor, soledad e idolatría 12

JOSÉ PASCUAL BUXÓ:

Lenguaje y realidad en la poesía de César Vallejo 15

CARLOS PEREYRA:

Causalidad y Explicación en la historia 21

GIUSEPPE UNGARETTI

Los comentarios a "L'infinito" de Leopardi 29

MÓNICA MANSOUR:

Estructuras semánticas del discurso literario 32

EDUARDO A RABOSI:

La filosofía de lo moral: ¿una empresa sin intereses? 38

ROBERT PENN WARREN:

La helada de las moras 41

CLAUDE MOSSÉ:

Democracia antigua y democracia moderna 52

La tradición presente

ULRICH VON WILAMOWITZ MOELLENDORF:

El desenvolvimiento del espíritu helénico (2a. y última parte) 57

Discusión

Margarita Valdés: *En torno a Fenomenalismo y Realismo* 66

Wonfilio Trejo: *Disipando dificultades*

Notas y Reseñas 72

Dolores Fernández Muñoz: *En defensa de Celio de Cicerón* 79

ROBERT PENN WARREN

La helada de las moras

Nota y Traducción:

Ma. Enriqueta González Padilla

Robert Penn Warren se hizo famoso al ganar premios Pulitzer por su novela *All the King's Men* y por sus poemas. Nació en 1905 en Kentucky e hizo estudios en las Universidades de Vanderbilt, California, Yale y Oxford. Durante muchos años fue catedrático universitario y se señaló por sus excelentes ensayos críticos, entre ellos su antología *Understanding Fiction*, donde analiza, en colaboración con Cleanth Brooks, el arte de la narrativa corta.

"La helada de las moras" ("Blackberry Winter") es uno de los cuentos favoritos de Warren. Su tema, el cambio, se reitera a través de los diversos incidentes que constituyen la trama de la historia. Las alteraciones de la naturaleza hallan paralelo en la conducta humana, impresionan la mente infantil y se reflejan en gestos y actitudes, cuyo impacto perdura en el recuerdo. Tal es el terrible manazo de la negra Delle, que el niño interpreta como una amenaza a la estabilidad de su ambiente. La imprevista incursión del vagabundo, de procedencia sospechosa, es el símbolo más ominoso del futuro, al cual el protagonista no podrá escapar, y que ya desde ahora atrae su curiosidad y trastorna sus costumbres. Penn Warren escribió esta historia cuando tenía cuarenta años y la segunda guerra mundial acababa de terminar, con un tremendo saldo de destrucción y ruina. Desde la perspectiva del hombre maduro, el narrador mira el pasado, y cae en la cuenta, con nostalgia, de que las cosas han cambiado. Se han reblandecido los cimientos del mundo, y la tormenta deja un resto de hambre, basura, violencia e incertidumbre.

Ya estaba entrando junio y eran las ocho y media de la mañana, pero había fuego —aunque no fuera un fuego muy grande, sino nada más de pedacitos de madera— en el piso de la gran chimenea de la sala. Yo estaba parado en el hogar, casi dentro de la chimenea, agachado sobre el fuego, volteando despacito los dedos de los pies desnudos sobre la piedra tibia. Saboreaba el calor que hacía que la piel de mis piernas desnudas se torciera y hormigueara y me diera comezón, hasta el momento que le grité a mamá, que andaba por allá atrás en el comedor o en la cocina, y le dije: "¡Pero es junio, no necesito ponérmelos!"

"Te los pones si vas a salir", me respondió.

Traté de determinar qué grado de autoridad y de convicción había en su tono de voz, pero a esa distancia era difícil de decidir. Traté de analizar la entonación, y pensé entonces qué tonto había sido de querer salir por la puerta de atrás y dejarla ver que iba descalzo. Si me hubiera salido por la puerta del frente o por la del costado nunca lo habría sabido, por lo menos hasta la hora de comer, y para esas horas ya se hubiera ido la mitad del día y yo ya habría andado por toda la granja viendo lo que había hecho la tormenta y hubiera ido hasta el arroyo para ver la inundación. Pero nunca se me había ocurrido que le fue-

ran a uno a impedir salir descalzo en junio, aunque hubiera habido aguacero y helada.

Nadie había intentado nunca detenerme en junio desde que me acordaba, y cuando uno tiene nueve años, parece que recuerda desde siempre; porque recuerda uno todo y todo es importante y parece grande y completo y llena el Tiempo y es tan sólo que puede uno darle y darle la vuelta como a un árbol y mirarlo. Se da uno cuenta de que el tiempo se mueve, pero eso no es lo que es el Tiempo. El Tiempo no es algo que se mueve, un fluir, un soplo, sino que es, más bien, una especie de clima en que están las cosas, y cuando sucede una cosa comienza a vivir y sigue viviendo y se está quieta en el Tiempo como el árbol al que le da uno la vuelta. Y si algo se mueve, lo que se mueve no es el Tiempo mismo, del mismo modo que una brisa no es el clima, porque todo lo que hace la brisa es sacudir un poco las hojas del árbol que está vivo y entero. Cuando uno tiene nueve años, sabe que hay cosas que no sabe, pero sabe que cuando sabe algo lo sabe. Uno sabe cómo ha sido una cosa y sabe que puede salir descalzo en junio. No entiende esa voz allá atrás en la cocina que dice que no puede uno salir afuera descalzo y correr a ver qué ha pasado y frotar los pies sobre la hierba mojada que tiritita y dejar la huella perfecta del pie en el rojo lodo cremoso y listo y después quedarse contemplándola como si hubiera uno descubierto esa única huella en la brillante playa de la aurora terrestre. Uno nunca ha visto una playa, pero ha leído el libro y sabe que la huella estaba ahí.

Pero lo dicho dicho. Miré con ojos de salvaje las medias negras y los zapatos fuertes y raspados que había traído desde el clóset hasta el tapete de la chimenea y grité otra vez, "Pero es junio", y esperé.

"Es junio", replicó la voz desde lejos, "pero se helaron las moras."

Levanté la cabeza para replicar a eso, para probar de nuevo lo que hubiera en el tono de la voz, cuando acerté a ver al hombre.

La chimenea estaba al final de la sala; porque la chimenea de piedra estaba construida, como en tantas casas de campo de Tennessee, al final de una pared triangular, y había una ventana de cada lado de la chimenea. Por fuera de la ventana de la pared norte de la chimenea pude ver al hombre. Cuando vi al hombre no grité lo que tenía pensado, sino que embebido por la rareza del es-

pectáculo lo observé, aun desde lejos, acercarse por la vereda del lindero del bosque.

Lo raro era que acertara a haber un hombre ahí. Esa vereda pasaba a lo largo de la cerca del corral, entre la cerca y el bosque que llegaba hasta el corral mismo, y seguía después por detrás más allá del corral de los pollos y a lo largo del bosque hasta que se perdía de vista, éste hacía una curva hacia afuera y cortaba el campo de atrás. Allí la vereda desaparecía en el bosque. Pero yo sabía que por detrás conducía al bosque y al pantano, bordeaba el pantano donde los grandes árboles cedían el paso a los sicomoros, a los robles acuáticos, a los sauces y a las cañas trenzadas, y luego conducía al río. Nadie iba nunca allá atrás, excepto gentes que querían sacar ranas del pantano o pescar en el río o cazar en el bosque, y esas gentes, si no tenían licencia permanente de mi padre, siempre se detenían a pedir permiso para cruzar la granja. Pero el hombre que yo veía ahora no venía por deporte, y yo lo sabía aun a esa distancia. ¿Y qué tendría que hacer ahí un deportista después de una tormenta? Además, venía del río, y nadie había ido para allá esa mañana. De eso no me cabía duda, porque si alguien hubiera pasado, ciertamente si un extraño hubiera pasado, los perros hubieran armado un escándalo y se le hubieran echado encima. Pero este hombre venía del río y había venido por el bosque. Lo divisé de repente acercándose por la vereda del bosque cubierta de hierba, en la verde penumbra al pie de los grandes árboles, sin hacer ruido alguno en la vereda, mientras que de vez en cuando, como gotas que se desprendieran de los aleros, una goto-

ta de agua se deslizaba de una hoja o de una rama y golpeaba alguna hoja tiesa de roble que estaba más abajo con un sonido leve y hueco como el de una gota de agua que golpeará una hojalata. Ese sonido, en el silencio del bosque, sería muy significativo.

Cuando eres niño y te detienes en la quietud del bosque que puede estar tan silencioso que el corazón casi deja de latirte y te hace desear detenerte ahí en la penumbra verde hasta que, sientes los pies mismos hundírsete en la tierra y asirse a ella como raíces, y que tu cuerpo respire lento por los poros como si fuera hojas, cuando te detienes ahí y esperas que caiga, con su sonido leve y sordo, la siguiente gota sobre la hoja de abajo, ese sonido parece medir algo, poner fin a algo, comenzar algo, y uno no puede esperar que suceda, y tiene miedo de que suceda, y luego cuando ha sucedido, se queda esperando otra vez, casi medroso.

Pero el hombre que vi avanzando por el bosque con los ojos de mi imaginación no se detenía y esperaba, ni se hundía en la tierra y respiraba con la respiración enorme y callada de las hojas. En lugar de eso, lo vi avanzando en la penumbra verde de mi propia cabeza como lo veía moverse por la vereda del lindero del bosque hacia nuestra casa. Venía a buen paso, pero no aprisa, con los hombros un poco caídos y la cabeza echada hacia adelante, como un hombre que viene de lejos y lejos tiene que llegar. Cerré los ojos un par de segundos, pensando que cuando los abiera él ya no estaría ahí para nada. No había lugar de donde hubiera podido venir, y no había ra-



zón para que viniera adonde venía, a nuestra casa. Pero abría yo los ojos, y ahí estaba y seguía avanzando continuamente a lo largo del lindero del bosque. Todavía no se emparejaba ni siquiera con el corral trasero de los pollos.

“Mamá”, grité.

“Te los pones”, dijo la voz.

“Ahí viene un hombre”, grité, “allá atrás, por fuera.”

Ella no replicó a eso, y adiviné que había ido a mirar por la ventana de la cocina. Estaría mirando al hombre y preguntándose quién sería y qué deseaba, como hace uno siempre en el campo, y si yo iba allá atrás ahora mismo no notaría en seguida si andaba descalzo o no. Así es que me fui atrás, a la cocina.

Estaba de pie junto a la ventana. “No lo reconozco”, dijo sin voltear a verme.

“¿De dónde puede venir?” pregunté yo.

“No sé”, dijo ella.

“¿Qué estaría haciendo allá abajo en el río? ¿En la noche? ¿En la tormenta?”

Observó con cuidado la figura por la ventana y luego dijo, “Ah, se me figura que a la mejor atravesó desde Dunbar.”

Esa era, según me di cuenta, una explicación perfectamente lógica. No había estado abajo en el río en la tormenta, durante la noche. Había venido esta mañana. Se podía atravesar desde el puesto militar de Dunbar si a uno no le importaba meterse por entre un montón de arbustos de saúco, sasafrás y mora que casi habían cubierto la vieja vereda transversal, que ya nadie usaba nunca. Eso me satisfizo un momento, pero no más. “Mamá”, pregunté, “¿Qué estaría haciendo en el puesto militar de Dunbar anoche?”

Entonces ella me miró y me di cuenta de que había metido la pata, porque me estaba viendo los pies descalzos. “No te has puesto los zapatos”, dijo.

Pero me salvaron los perros. En ese instante se oyó un ladrido que reconocí como de Sam, el collie, y luego un ladrido como más agitado y grueso que era de Bully, y vi una ráfaga blanca cuando Bully salió disparado dando la vuelta al portal de atrás y se abalanzó hacia el hombre. Bully era un bulldog grande color blanco hueso, la clase de perro que solían llamar bulldog de granja, pero que ya no se ve, de pecho y cabeza anchos, pero de patas bastante largas. Podía saltar una cerca tan ligero como un galgo. Acababa de librar la cerca blanca de estacas rumbo al bosque cuando mi mamá salió corriendo hacia el portal de atrás y comenzó a llamarlo, “¡Ven acá Bully!, ¡Ven acá!”

Bully se detuvo en la vereda, esperando al hombre, pero dio todavía algunos de esos ladridos profundos, guturales y salvajes que recuerdan un objeto en el fondo de un pozo forrado de piedras. El lodo de barro rojo, según vi, le había salpicado el pecho blanco y se veía excitante, como sangre.

El hombre, sin embargo, no había dejado de caminar ni siquiera cuando Bully tomó la cerca y se lanzó contra él. Había seguido avanzando igual. Lo único que había hecho era cambiar un paquetito de papel que traía, de la mano derecha a la izquierda, y luego meter la mano en la

bolsa del pantalón para alcanzar algo. Luego vi el resplandor y me di cuenta de que tenía un cuchillo en la mano, quizá uno de esos malos cuchillos que sirven para hacer diabluras nada más, con una hoja tan grande como la de un pincha-ranas, que salta cuando se le aprieta un botón en el mango. Ese cuchillo debe haber tenido un botón en el mango, porque de otro modo ¿cómo podía haber sacado tan rápido la hoja brillante con sólo una mano?

Era chistoso que se enfrentara a los perros con ese cuchillo, porque Bully era una bestia grande, fuerte y ligera, y Sam no le pedía nada a nadie. Si los perros la hubieran tomado en serio, lo podrían haber derribado y hecho trizas antes de que diera una. Debería haber cogido un palo grueso, algo con qué darles una barrida y algo que pudieran ver y que infundiera respeto cuando se fueran contra él. Pero al parecer no sabía mucho de perros. Nada más mantenía la hoja del cuchillo pegadita a su pierna derecha, muy abajo, y seguía avanzando por la vereda.

Entonces fue cuando gritó mamá y Bully se detuvo. Así es que el hombre hizo que la hoja del cuchillo entrara de golpe en el mango, lo dejó caer en la bolsa y siguió acercándose. Muchas mujeres hubieran sentido miedo de aquel extraño que sabían traía un cuchillo en la bolsa. Es decir, si estuvieran solas en casa sin nadie más que un chico de nueve años. Y mi mamá estaba sola, porque mi papá había salido, y Dellie, la cocinera, estaba lejos en su cabaña porque no se sentía bien. Pero mi mamá no tuvo miedo. No era mujer corpulenta, pero era ágil y segura en todo lo que hacía, y penetraba hasta el fondo de todo el mundo y de todas las cosas con los ojos azules de su cara tostada. Había sido la primera mujer del condado que montara un caballo a horcajadas (eso fue allá cuando era niña y mucho antes de que yo naciera), y la he visto agarrar una escopeta y salir y derribar un gavilán en el aire como si fuera un papalote roto cuando se cernía sobre el corral. Era una mujer tranquila y segura de sí misma, y cuando pienso en ella ahora, después de tantos años de que murió, pienso en sus manos morenas, no grandes, pero un tanto toscas para ser de mujer, con uñas cuadradas. Se parecían en verdad, más a las manos de un muchacho joven que a las de una mujer adulta. Pero en aquel entonces nunca me pasó por la cabeza que algún día pudiera morir.

Se mantuvo ella de pie en el portal de atrás y miró al hombre entrar por la reja trasera, donde los perros (Bully ya había regresado de un salto al corral) estaban brincando y gruñendo y mirando de soslayo a mi madre para ver si tenía intención de cumplir lo que había dicho. El hombre pasó junto a los perros, casi rozándolos, y no les hizo caso alguno. Pude ver entonces que llevaba pantalones de kaki, un saco de lana oscuro con rayas y un sombrero grande de fieltro. Traía una camisa gris con rayas azules y sin corbata. Pero pude ver una corbata, medio roja y azul, que le asomaba por la bolsa lateral del saco. Todo lo que traía puesto estaba mal. Debería de haber traído “blue jeans” u overoles, y sombrero de paja, o sombrero negro de fieltro, y el saco, aun dado que hubiera traído saco de lana en lugar de “jumper”, no debería

de haber tenido esas rayas. Aquellas ropas, a pesar de que eran lo suficientemente viejas y sucias para cualquier vagabundo, no encajaban ahí, en nuestro corral de atrás, viniendo de la vereda, en pleno Tennessee, a millas de distancia de cualquier ciudad y hasta una milla más acá del camino vecinal.

Cuando llegó casi a los escalones, sin haber dicho palabra, mi madre, como si no pasara nada, dijo "Buenos días"

"Buenos días", respondió él, y se detuvo y la miró de arriba a abajo. No se quitó el sombrero y debajo del ala podía uno ver un rostro del todo indiferente, que no era ni viejo ni joven, ni ancho ni delgado. Era grisáceo y cubierto como con tres días de barba. Los ojos eran de un vago color avellana lodoso, o algo así, más bien inyectados de sangre. Los dientes, cuando abrió la boca, se le vieron amarillos y disparejos. Le habían tumbado dos. Sabía uno que se los habían tumbado porque había una cicatriz, no muy vieja, ahí en el labio inferior justo debajo del hueco.

"¿Anda usted buscando trabajo?" le preguntó mi madre.

"Sí" dijo él; "no"; "sí señora" —y todavía no se quitó el sombrero.

"No sé de mi esposo, porque no está aquí" dijo ella, y no le importó ni tantito decirle al vagabundo, o lo que haya sido, con el malvado cuchillo en la bolsa, que no había ningún hombre cerca, "pero puedo darle algo de quehacer. La tormenta ha ahogado muchos de mis pollos. Tres gallineros. Puede recogerlos y enterrarlos. En-

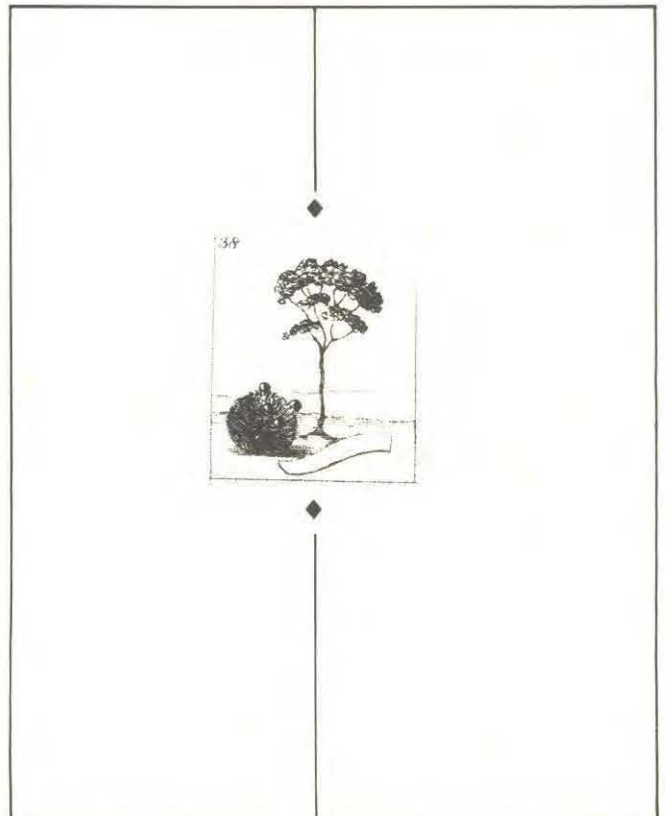
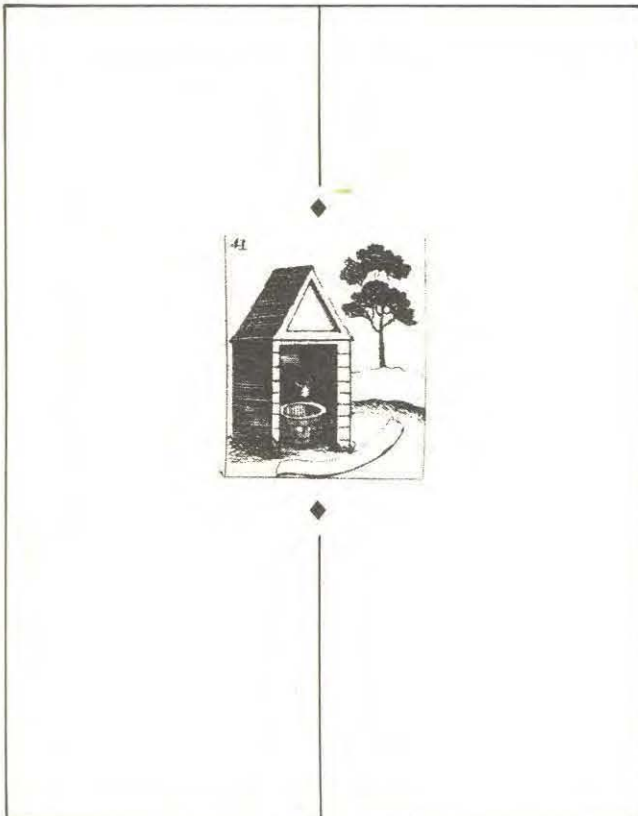
tiérrelos hondo para que los perros no den con ellos. En el bosque. Y fije los gallineros que voló el viento. Y allá abajo, más allá de ese corral que está junto a la orilla del bosque, están algunas aves ahogadas. Se salieron y no pude meterlas. Ni siquiera después de que empezó a llover recio. Las aves de corral no son nada entendidas."

"¿Qué clase de aves son?" preguntó él y escupió en la vereda de ladrillo. Restregó el pie sobre el escupitajo y vi que llevaba un zapato bajo y puntiagudo, todo estrellado y roto. Era una extravagancia traer aquel zapato en el campo.

"Pues son pavos jóvenes", continuó diciendo mi madre. "Y no tienen nada de sentido común. No debería yo de todos modos intentar criarlos aquí junto con tantos pollos. No prosperan cerca de los pollos, aunque estén en corrales aparte. Y no voy a dejar mis pollos." Después se detuvo y volvió a empezar con presteza y en tono de negocio: "Cuando termine con eso, puede arreglar mis prados de flores. Se ha escurrido un montón de basura y de grava y de lodo. Quizá pueda salvarme algunas cuantas flores si tiene cuidado."

"Flores", dijo el hombre, en una voz baja e impersonal que parecía encerrar un mundo de significado, pero un significado que no pude adivinar. Tal como la recuerdo, quizá no era puro desprecio. Quizá era un asombro lejano e impersonal de que él pudiera estar a punto de cavar en un prado de flores. Pronunció la palabra, y luego miró para otro lado a través del corral.

"Sí, flores", replicó mi madre con algo de aspereza,

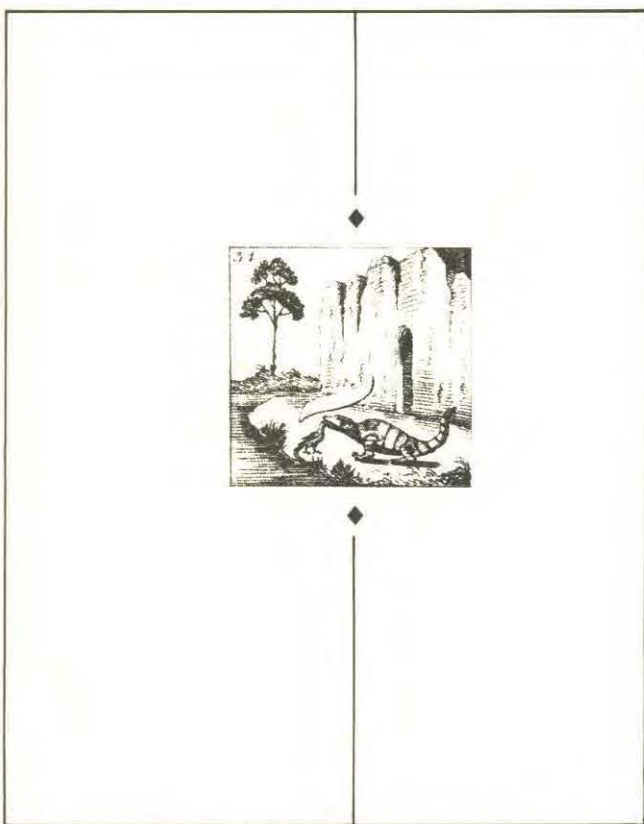


como si no quisiera que se dijera o se quisiera decir nada contra las flores. "Y estaban muy lindas este año." Luego se detuvo y miró al hombre. "¿Tiene usted hambre?" le preguntó.

"Sí, dijo él.

"Le voy a preparar algo", dijo ella, "antes de que comience." Luego se volvió hacia mí. "Enséñale dónde puede lavarse", ordenó y se metió a la casa.

Llevé al hombre a un extremo del portal donde había una bomba y se hallaban un par de aguamaniles sobre un estante bajo para que la gente los usara antes de entrar en la casa. Me estuve ahí de pie mientras él dejaba su paquetito envuelto en periódico y se quitaba el sombrero y miraba alrededor buscando un clavo para colgarlo. Vacío el agua y hundió las manos en ella. Eran manos grandes, al parecer fuertes, aunque no tenían las partidas y el color terroso de las manos de hombres que trabajan al aire libre. Pero estaban sucias, con mugre negra metida en la piel y debajo de las uñas. Después de que se hubo lavado las manos, se vació otra bandeja de agua y se lavó la cara. Se secó la cara, y con la toalla todavía colgando, pasó a mirarse al espejo de la pared de la casa. Se frotó con una mano la barba picuda de la cara. Después se inspeccionó la cara cuidadosamente volteando primero un lado y luego el otro, y dio un paso atrás y se acomodó el saco listado sobre los hombros. Tenía los movimientos de un hombre que hubiera terminado de vestirse para ir a la iglesia o a una fiesta —tal era el modo con que se arreglaba el saco y se lo alisaba y se examinaba en el espejo.



Después captó mi mirada sobre él. Me echó una mirada de fuego con sus ojos inyectados, y me preguntó en voz baja y áspera, "¿Qué me ves?" "Nada", logre decir, y retrocedí un paso para alejarme de él.

Aventó la toalla hecha bola sobre el estante, y se dirigió a la puerta de la cocina y entró sin tocar.

Mi madre le dijo algo que no alcancé a oír. Quise entrar de nuevo, pero luego pensé en los pies descalzos, y decidí irme atrás del corral, donde debía venir el hombre a recoger los pollos muertos. Y ahí me entretuve detrás del gallinero hasta que salió.

Andaba por el corral con un movimiento melindroso y no del todo remilgado mirando el lodo espeso y salpicado de suciedades de pollo. El lodo se cuajaba encima de las suelas de sus zapatos negros. Me estuve quedo detrás de él como a seis pies de distancia y vi cómo recogía el primero de los pollos ahogados. Lo sostuvo de una pata y lo examinó.

No hay nada que se vea más muerto que un pollo ahogado. Las patas se encogen de ese modo débil y flácido que allá cuando yo era niño, aunque era un chico de campo a quien no le impresionaba ni la matanza de los puercos ni pinchar ranas, me hacía sentir un hueco en el estómago. En vez de verse rollizo y esponjado, el cuerpo está fibroso y blando con las plumas pegadas, y el cuello se pone largo y flojo como un pedazo de trapo. Y los ojos tienen esa membrana azulosa encima que le hace a uno pensar en un hombre muy viejo que está enfermo y a punto de morir.

El hombre se detuvo ahí y examinó el pollo. Luego volteó a toda la redonda como si no supiera qué hacer con él.

"Hay un canastote viejo en el cobertizo", le dije, y apunté al cobertizo que estaba junto al gallinero.

Me examinó como si apenas hubiera descubierto mi presencia, y avanzó hacia el cobertizo.

"Ahí hay también una pala", añadí.

Sacó el canasto y empezó a juntar los otros pollos, recogiendo cada uno lentamente de una pata y arrojándolo luego en la canasta con un movimiento cortante y repulsivo. De vez en cuando me miraba con los ojos inyectados. Cada vez parecía a punto de decir algo, pero no lo hacía. Quizá estaba cavilando decirme algo, pero no lo esperé bastante. Su manera de mirarme me puso tan incómodo que abandoné el corral.

Además, acababa de acordarme que el arroyo se había desbordado, sobre el puente, y que muchos estaban ahí viéndolo. Así que corté a través de la granja hacia el arroyo. Cuando llegué al campo grande de tabaco vi que no había resentido mucho. La tierra se veía bien y el agua no había arrastrado muchas plantas de tabaco. Pero sabía que una gran cantidad de tabaco por aquellas tierras había sido arrastrada. Lo había dicho mi padre durante el desayuno.

Mi padre estaba abajo en el puente. Cuando salí al camino por un agujero que había en el vallado de ortigas, lo vi sentado en su mula por encima de las cabezas de los otros hombres que estaban parados alrededor mirando la corriente. El arroyo era grande aquí, aun con el agua

baja; porque sólo un par de millas más allá desembocaba en el río, y cuando venía una inundación de verdad, el agua roja desbordaba el camino donde éste se inclinaba hacia el puente, que era un puente de hierro, y subía muy por encima del piso y aun de los barandales a los lados del puente. Sólo podía verse la herrería de arriba, con el agua reventando y haciendo espuma roja y blanca a su alrededor. El arroyo aquél crecía así de aprisa y de fuerte porque unas cuantas millas atrás se precipitaba de las colinas, donde las gargantas se llenaban de agua en un momento cuando venía la lluvia. El arroyo corría en un lecho profundo con riscos de piedra caliza a lo largo de ambos lados hasta que llegaba a menos de tres cuartos de milla del puente, y cuando salía de entre esos riscos en tiempo de inundación venía reventando y silbando y vaporizando como agua salida de una manguera de incendio.

Siempre que había crecida, gente de la mitad del condado venía a contemplar el espectáculo. De todos modos, después de una tormenta no había nada que hacer. Si no te arruinaba la cosecha, no podías arar y sentías ganas de tomarte vacación para celebrarlo. Si te arruinaba la cosecha, no había nada que hacer excepto tratar de no pensar en la hipoteca, si eras lo bastante rico para tener hipoteca, y si no tenías con qué pagar una hipoteca necesitabas algo que te quitara de la cabeza el pensamiento del hambre que tendrías por Navidad. Así es que muchos bajaban al puente a mirar la crecida. Era algo diferente de la rutina de todos los días.

No se hablaba mucho después de los primeros minutos en que trataban de adivinar qué tan alta estaba el agua esta vez. Los hombres y los chicos se quedaban parados por ahí, o sentados en sus caballos o mulas, según fuera el caso, o de pie sobre los asientos de los vagones. Contemplaban el espectáculo de la corriente durante una o dos horas, y luego alguien decía que a lo mejor ya se iba yendo a casa a comer y empezaba a caminar por el camino gris de piedra caliza lleno de charcos, o le picaba las espuelas a su cabalgadura y se iba. Todo el mundo ya sabía lo que iba a ver cuando llegara al puente, pero siempre venía. Era como ir a la iglesia y a un entierro. Siempre venían, claro está, si era verano y la inundación imprevista. Nadie venía nunca en invierno a ver el arroyo crecido.

Cuando salí del hueco en el vallado, vi a la multitud, quizá quince o veinte hombres y un montón de chiquillos, y vi a mi padre montado en su mula, Nellie Gray. Era un hombre alto, flexible y de buen porte. Yo siempre me sentía orgulloso de verlo montar a caballo; se estaba tan quieto y tan derecho, y cuando salí por el claro del seto esa mañana, lo primero que se me ocurrió fue, me acuerdo, el cálido sentimiento que siempre tenía yo cuando lo veía a caballo, nadamás montado. No me fui hacia él, sino que le di la vuelta a la multitud por el lado más lejano, para echarle una mirada al arroyo. Por una parte, no estaba seguro de lo que diría a propósito de que iba yo descalzo. Pero antes de que supiera otra cosa, oí su voz llamándome, “¡Seth!”

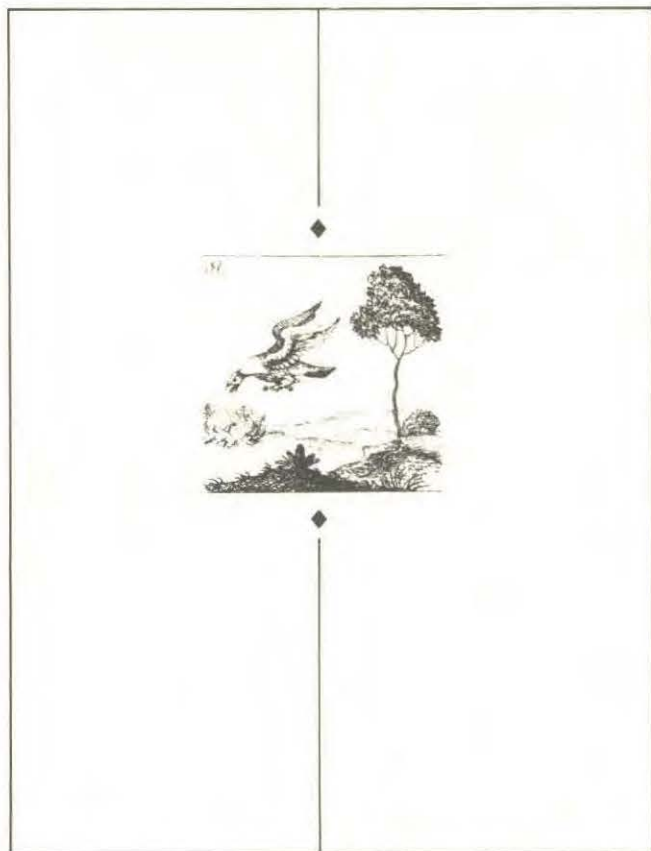
Me fui hacia él, pidiendo permiso para pasar entre los hombres, que inclinaban sus rostros grandes y rojizos o

delgados y amarillentos por encima de mí. Algunos de ellos me eran conocidos, y sabía sus nombres, pero porque los que conocía estaban ahí en la multitud mezclados con las caras extrañas, todos me parecían desconocidos y poco amistosos. No voltee a ver a mi padre hasta que estuve casi al alcance de su talón. Luego miré para arriba y traté de leer en su rostro, para ver si estaba enojado porque iba yo descalzo. Pero antes de que pudiera descifrar aquella cara impassible y de huesos prominentes, él ya se había inclinado y me había extendido la mano. “Agárrate”, me dijo.

Me agarré y di un brinquito y el dijo, “¡Upa!”, y me alzó ligero como una pluma, hasta el pomo de su silla McClellan.

“Puedes ver mejor de acá arriba”, dijo, y se deslizó para atrás un poco sobre el fuste del arzón para que yo estuviera más a gusto, y luego, viendo por encima de mi cabeza el agua crecida que venía dando tumbos pareció olvidarse completamente de mí. Pero su mano derecha reposaba a mi lado, justo arriba de mi muslo, para equilibrarme.

Esta yo sentado ahí tan quieto como podía, sintiendo el casi imperceptible movimiento del pecho de mi padre contra mis hombros, según subía y bajaba con la respiración, cuando vi la vaca. Al principio, mirando arroyo arriba, creí que era nada más otro pedazote de madera flotante que navegaba por el arroyo en la furia de la corriente, pero de pronto un muchacho de bastante buena estatura que se había encaramado un tanto a un poste de



teléfonos junto al camino para poder ver mejor, gritó, "¡Hijos, miren esa vaca!"

Todo el mundo se quedó mirando. Sí que era una vaca, pero lo mismo habría podido ser madera flotante; porque estaba muerta como un bodoque, rueda que rueda arroyo abajo, apareciendo, con las patas o la cabeza para arriba, daba lo mismo.

La vaca suscitó de nuevo la conversación. Alguien se preguntó si chocaría contra uno de los huecos que quedaban debajo de la viga superior del puente y si podría pasar o si se enredaría en los restos de desecho y de basura que se habían acumulado contra las vigas y abrazaderas del lado superior derecho. Alguien recordó cómo hacía cosa de diez años se había acumulado tanta madera flotante contra el puente que éste se había zafado de sus cimientos. Entonces que choca la vaca. Dio en el borde de los desechos acumulados contra una de las vigas y se quedó suspendida ahí. Por breves segundos parecía como si se fuera a soltar, pero luego nos dimos cuenta de que estaba realmente atrapada. Se sacudía y se alzaba de un lado restregándose lenta y pesadamente. Tenía un yugo alrededor del cuello, de esos que se hacen con una rama ahorquillada para detener a un animal brincón detrás de la cerca.

"Seguro que saltó una cerca", dijo uno de los hombres.

Y otro: "Pos ése sí que fue su último salto, caray."

Entonces comenzaron a preguntarse de quién sería la vaca. Decidieron que debía pertenecerle a Milt Alley. Dijeron que éste tenía una vaca que era brincona, y que la tenía en un corral cercado, arroyo arriba. Yo nunca había visto a Milt Alley, pero sabía quién era. Era un advenedizo que se había establecido por allá arriba en las colinas en una punta de tierra que parecía cola de camisa, en una cabaña. Era pura basura blanca. Tenía un montón de chiquillos. Yo había visto a los chiquillos en la escuela, cuando venían. Eran carilargos, de pelo lacio, de aspecto pegajoso y de color de masa, y olían algo así como a suero viejo y agrio, no porque bebieran mucho suero, sino porque ésa es la clase de olor que casi siempre tienen los chicos de esas cabañas. El muchacho más grande de los Alley hacía dibujos obscenos y se los enseñaba a los pequeñines de la escuela.

Conque ésa era la vaca de Milt Alley. Bien podía ser suya, esa vaca vieja, flaca y doblada, con el yugo alrededor del cuello. Me pregunté si Milt Alley tendría otra vaca.

"Papá", le dije, "¿Cree usted que Milt Alley tenga otra vaca?"

"Di, 'el Sr. Alley'", dijo calmadamente mi padre.

"¿Cree usted que tenga?"

"Quién sabe", dijo mi padre.

Entonces un muchachote pandillero, como de quince años, que estaba sentado en una mulita descarnada con un pedazo de costal encima del espinazo que parecía sierra dentada, y que había estado mirando a la vaca, de pronto dijo sin hablar con nadie en particular, "¿Pos qué alguien habrá comido alguna vez vaca ahogada?"

Era el tipo de muchacho que a lo mejor podía ser hijo de Milt Alley, con overol desteñido y parchado, roto en

el trasero y los zapatones tiesos de lodo colgando de los tobillos flacos y desnudos a la altura de la panza de la mula. Había dicho lo que había dicho, y luego miró avergonzado y taciturno cuando todos los ojos se volvieron a él. No había querido decirlo, estoy casi seguro ahora. Habría tenido demasiado amor propio para decirlo, lo mismo que Milt Alley. Nada más había estado pensando en voz alta, y se le habían escapado las palabras.

Había un viejo de pie ahí en el camino, un viejo de barba blanca. Este le dijo al muchacho que estaba avergonzado y taciturno sobre la mula: "Hijo, vive y verás que llegan tiempos en que un hombre se come lo que sea."

"Pos ese tiempo les va a llegar a algunas gentes este año", dijo otro hombre.

"Hijo", volvió a decir el viejo", "en mis tiempos llegué a comer cosas en que a un hombre no le gusta pensar. Era yo soldado y cabalgué con Ginl'Forrest, y las cosas que comimos cuando llegó la hora. Si te contara. Comí carne que casi se levantaba y corría cuando sacabas el cuchillo para cortar un pedazo y ponerlo en la lumbré. Tenías que aplacarla con la culata de la carabina, de tan vivita que estaba. La carne aquella podía saltar como rana, de tan llena que estaba de gusanos."

Pero ya nadie escuchaba al anciano. El muchacho de la mula volvió a otro lado la cara, aguzada y taciturna, hundió el talón en el costado de la mula y se alejó camino arriba con un movimiento que le hacía a uno pensar que en cualquier momento iba a oír los huesos de la mula chocar uno con otro dentro de aquel cuero descarnado y escrofuloso.

"Es el hijo de Cy Dundee", dijo un hombre, e inclinó la cabeza hacia la figura que se alejaba en la mula por el camino.

"Apuesto a que los chamacos de Cy Dundee han visto tiempos en que se contentarían con comer vaca ahogada", dijo otro.

El viejo de la barba se les quedó mirando desde el fondo de sus ojos débiles e indolentes, primero a uno y luego al otro. "Mientras la vida dure", dijo, "el hombre se conforma con lo que puede conseguir."

Luego se hizo nuevamente el silencio, mientras la gente miraba el agua rojiza y llena de copos de espuma.

Mi padre alzó la rienda con la mano izquierda, y la yegua se volvió y avanzó alrededor del grupo por el camino. Cabalgamos hasta nuestro portón, donde mi padre se apeó para abrirlo y dejarme que yo mismo condujera a Nellie Gray a través de él. Cuando llegó a la vereda que partía de la calzada como a doscientas yardas de la casa, me dijo mi padre, "Agárrate." Me agarré y me hizo bajar. "Voy allá abajo a ver el maíz", dijo. "Tú sigue". Tomó la vereda, y yo me quedé en la calzada viendo cómo se alejaba. Llevaba botas de vaqueta y una chaqueta vieja de cazador, y pensé que ello le daba un aspecto muy militar, como en un grabado. Eso y su modo de cabalgar.

No me fui a la casa. En vez de eso bordeé el huerto y atravesé detrás de los establos y me dirigí a la cabaña de Dellie. Quería ir allá abajo a jugar con Jebb, que era un chiquillo de Dellie, que tenía como dos años más que yo.

Además, tenía frío. Tiritaba al caminar, y tenía la carne de gallina. El lodo que se me escurría entre los dedos de los pies a cada paso que daba parecía hielo. Dellie seguro tendría fuego en la chimenea, pero no me haría ponerme los calcetines y los zapatos.

La cabaña de Dellie era de leños, asentada de un lado, porque estaba sobre una pendiente, sobre trozos de piedra caliza, con un portalillo anexo a ella, y tenía una pequeña cerca alrededor blanqueada de cal, y una puerta con puntas de arado sostenidas por un alambre que sonaban cuando alguien entraba, y tenía dos grandes encinos blancos en el patio y algunas flores y un jardincillo atrás en donde crecía un poco de madrelelva. Dellie y el Viejo Jebb, que era el padre de Jebb y que vivía con Dellie y había vivido con ella durante veinticinco años aunque nunca se hubieran casado, tenían cuidado de mantener todo bonito alrededor de su cabaña. Tenían fama en toda la comunidad de ser negros aseados e inteligentes. Dellie y Jebb eran lo que se suele llamar "negros de gente blanca." Había una gran diferencia entre su cabaña y las otras dos cabañas de más abajo adonde vivían los otros arrendatarios. Mi padre mantenía las otras cabañas a prueba de temporales, pero no podía echarse a cuestras el bajar a recoger la basura que tiraban. No se tomaban el trabajo de tener una parcela sembrada con hortaliza como Dellie y Jebb o de hacer conservas con las ciruelas silvestres, y mermelada con las manzanas agrias como hacía Dellie. Eran perezosos, y mi padre estaba siempre amenazando con deshacerse de ellos. Pero nunca lo hacía. Cuando se iban por fin, nada más se levantaban y se iban, solos, sin que hubiera razón, para ir a flojear a alguna otra parte. Y luego llegaban otros. Pero entretanto vivían ahí, Matt Rawson y su familia, y Sid Turner y la suya, y yo jugaba con sus hijos por toda la granja cuando no estaban trabajando. Pero cuando yo no andaba cerca, a veces eran malos con el pequeño Jebb. Era porque los otros inquilinos estaban celosos de Dellie y de Jebb.

Tenía yo tanto frío que corrí las últimas cincuenta yardas hasta la puerta de Dellie. Tan pronto como hube entrado en el patio, vi que la tormenta les había pegado duro a las flores de Dellie. El patio estaba, como ya he dicho, sobre una ligera pendiente, y el agua que había corrido por ella había revuelto los prados y arrastrado toda la buena tierra negra del bosque que Dellie había traído. El poco pasto que había en el patio estaba embarrado aquí y allá en el suelo, tal como lo había dejado el agua del drenaje. Me recordó cómo estaban pegadas las plumas a la piel de los pollos que el extraño había estado recogiendo, allá arriba en el corral de mi madre.

Avancé unos cuantos pasos por la vereda hasta la cabaña, y entonces vi que el agua del drenaje había arrastrado un montón de basura y de inmundicia de debajo de la casa de Dellie. Al acercarse al portal, el piso ya no estaba limpio. Pedazos de trapo viejo, dos o tres latas oxidadas, pedazos de cuerda podrida, algunos trozos de suciedad vieja de perro, vidrios rotos, papel viejo, y toda clase de cosas por el estilo habían sido arrastradas de debajo de la casa de Dellie para ensuciarle su patio limpio. Se veía lo mismo de mal que los patios de las otras caba-

ñas, o peor. Estaba peor, realmente, porque era una sorpresa. Nunca se me había ocurrido que hubiera toda esa inmundicia debajo de la casa de Dellie. No porque Dellie tuviera la culpa de que todo eso se hallara debajo de su cabaña. La basura se mete debajo de cualquier casa. Pero no pensé en eso cuando vi la suciedad que había salido al suelo que Dellie algunas veces solía barrer con escoba de varas, para dejarlo limpio y bonito.

Avancé con cuidado por aquella porquería, teniendo cuidado de no meter los pies descalzos en ella, y subí hasta la puerta de Dellie. Cuando toqué, oí su voz que me decía que entrara.

Estaba obscuro dentro de la cabaña, viniendo de la luz del día, pero pude discernir a Dellie encogida en la cama debajo de la colcha, y al pequeño Jebb en cuclillas junto a la chimenea, donde ardía apenas el fuego. "¿Qué tal?", le dije a Dellie, "¿cómo te sientes?"

Sus grandes ojos, cuya parte blanca sorprendía y relumbraba en la cara negra, se fijaron en mí mientras estaba ahí parado, pero no respondió. No parecía Dellie, ni actuaba como Dellie, que rezongaba moviéndose por la cocina, hablando consigo misma, regañándose a mí o al pequeño Jebb, sonando las cacerolas, haciendo toda clase de ruidos y de gruñidos innecesarios como una máquina trilladora vieja y anticuada cuando tiene una carga de vapor extra y se suelta disparando al regulador y rugiendo y temblando sobre las ruedas. Mas ahora Dellie estaba ahí nomás en la cama, debajo de la colcha de retazos, y volteaba la cara negra, que yo apenas reconocía y los ojos blancos y relumbrantes hacia mí.

"¿Qué tal te sientes?" repetí.

"E'toy mala", dijo rasposamente la voz saliendo de la extraña cara negra que no estaba pegada al cuerpo grande y rechoncho de Delie, sino que salía de debajo de un montón de ropa de cama revuelta. Luego la voz añadió. "Muy mala."

"Lo siento", logré decir.

Los ojos permanecieron fijos en mí por un momento; luego me dejaron y la cabeza rodó hacia atrás sobre la almohada. "Lo siento", dijo la voz de un modo insípido que no era pregunta ni declaración ni nada. Era nada más la frase vacía lanzada al aire sin significado ni expresión para que flotara como una pluma o como una bocanada de humo, mientras que los ojos grandes, con la esclerótica como la clara de huevos cocidos y pelados, se quedaban mirando el techo.

"Dellie", dije después de un minuto, "hay un vagabundo allá en la casa. Trae un cuchillo."

No me estaba escuchando. Cerró los ojos.

Me fui de puntitas hasta la chimenea donde estaba Jebb y me senté en cuclillas junto a él. Empezamos a hablar en voz baja. Yo empecé a pedirle que sacara su tren y que jugáramos al trenecito. El viejo Jebb les había puesto ruedas de carrete a tres cajas de cigarros y había llocado conexiones de alambre entre las cajas para hacerle un tren a Jebb. La caja que era la locomotora tenía la parte de arriba tapada y un pedazo de palo de escoba en vez de chimenea. Jebb no quería sacar el tren, pero yo le dije que me iría a casa si no lo hacía. Así es que sacó el

tren y las rocas de colores, y los fósiles de tallos crinóideos y otras chácharas que utilizaba como carga, y empezamos a empujarlo alrededor, hablando del modo que creíamos que hablaban los de los trenes, haciendo un ruido quedo de chucuchucu como ruido de la locomotora y dejando escapar de vez en cuando pitos como de silbato. Nos entretuvimos tanto en jugar al trencito que los pitos empezaron a ser más fuertes. Entonces, sin pensarlo, Jebb dio un "tuuu-tuuu", fuerte y largo, pitando al pasar un crucero.

"Ven acá", dijo la voz desde la cama.

Jebb se levantó lentamente con las manos y las rodillas, dándome una mirada repentina, hostil y fría.

"Ven acá", dijo la voz.

Jebb se acercó a la cama. Dellie se enderezó débilmente sobre el brazo murmurando, "Acércate más."

Jebb se acercó más.

"Aunque sea lo último que haga, voy a hace'lo", dijo Dellie.

"Ya te he dicho que te e'té quieto."

Luego le pegó. Fue un manazo terrible, más terrible por la debilidad de donde provenía y que puso de relieve. La había visto pegarle a a Jebb antes, pero sus golpes habían sido siempre palmadas sencillas como las que se

pueden esperar de una negra buena gente y rezongona como Dellie. Pero éste fue diferente. Fue terrible. Fue tan terrible que Jebb no chistó. Nada más le brotaron las lágrimas y le corrieron por la cara, y su respiración se volvió entrecortada, como si le faltara aire.

Dellie se desplomó. "Ni siquiera puedo e'tá enferma", le dijo al techo. Enfe'mate y no de dejan ni siquiera e'tá acostada. Andan encima de ti. No puedo ni siquiera enfer'marme." Luego cerró los ojos. Salió del cuarto. Casi corrió al llegar a la puerta y vaya que corrió al atravesar el portal y bajar los escalones y cruzar el patio, pero sin fijarme si pisaba o no la porquería que había salido de debajo de la bañña. Casi corrió hasta la casa. Luego me acordé de que mi madre podría pescarme con los pies descalzos. Así es que me fui al establo.

Oí ruido en el granero, y abrí la puerta. Ahí estaba el viejo Jebb sentado en un barril de clavos viejo, desgranando maíz en una canasta pizcadora. Entré, jalando la puerta para que se cerrara detrás de mí, y me acuclillé en el suelo cerca de él. Estuve en cuclillas ahí un par de minutos antes de que ninguno de los dos hablara, y observé cómo desgranaba el maíz.

Tenía las manos muy grandes, nudosas y grisáceas en las coyunturas, con las palmas encallecidas que parecían tener rayas de herrumbre, de la herrumbre que sale entre los dedos y que brota desde abajo. Las manos eran tan fuertes y tan toscas que podía tomar una mazorca grande de maíz y arrancar los granos del olote con la palma de la mano, que se movía toda, como maquina. "Trabaja tanto como yo", solía decir, "y el buen Dío te dará una mano como hierro fundido que na'a le hará daño." Y sus manos se veían como de hierro fundido, viejo hierro fundido listado con orín.

Era un viejo de más de setenta, treinta o más años mayor que Dellie, pero fuerte como toro. Era rechoncho, pesado de hombros, con los brazos notablemente largos, la clase de complexión que dicen adquieren los nativos ribereños del Congo, a fuerza de remar tanto en sus canoas. Tenía la cabeza redonda en forma de bala, asentada sobre los poderosos hombros. La piel era muy negra, y el pelo ralo de la cabeza estaba entreverado de gris como pompones de algodón viejo en rama. Tenía los ojos pequeños y la nariz chata, sin ser grande, y la cara vieja más bondadosa y más sabia del mundo, la cara obtusa, triste y sabia de un viejo animal que espía tolerantemente los movimientos de las crituras que circulan delante de él, que no son más que hombres. Era un hombre bueno, y yo lo quería más que a nadie después de mi madre y de mi padre. Me senté en cuclillas ahí en el piso del granero y me puse a verlo desgranar maíz con sus manos de hierro fundido y oxidado, mientras me miraba con los ojillos de su cara obtusa.

"Dellie dice que está muy mala", dije.

"Sí", dijo él.

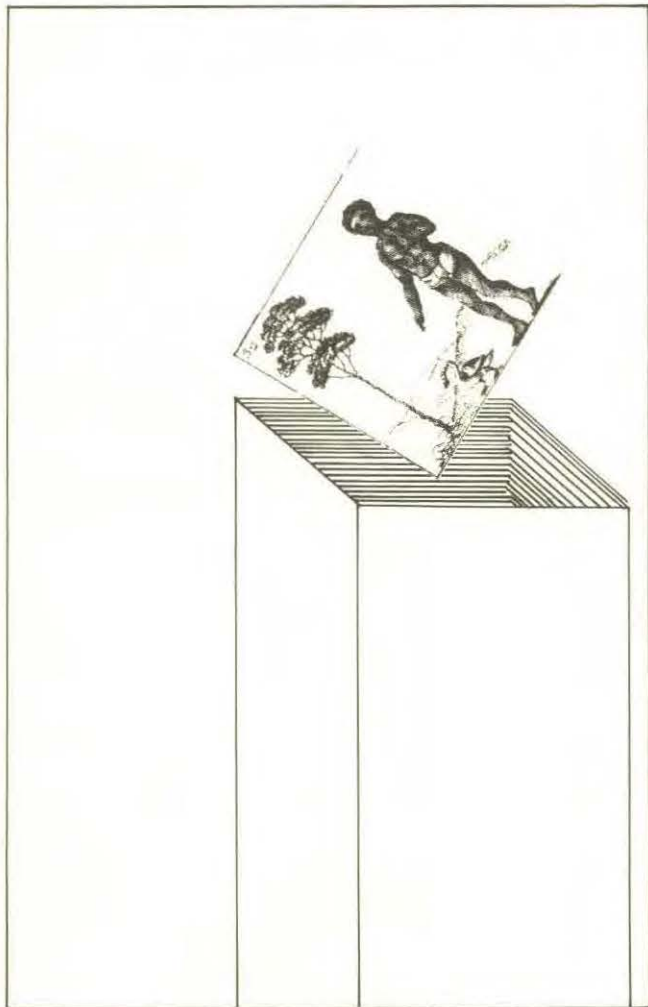
"¿De qué está mala?"

"Male' de mujer" dijo él.

"¿Qué son males de mujer?"

"Cosa' que le vienen", dijo él. No má le vienen cuando llega el tiempo."

"¿Qué es?"



“E el cambio”, dijo él. E el cambio de vida y de tiempo.”

“¿Qué cambios?”

“Ere muy chico pa' sabé.”

“Dime.”

“Con el tiempo lo averiguará todo.”

Sabía que no serviría de nada preguntarle más. Cuando le preguntaba cosas y decía eso, siempre sabía que no me iba a decir. Así es que seguí ahí en cuclillas mirándolo. Cuando estuve sentado ahí un ratito, sentí frío otra vez.

“¿Por qué tiembla?” me preguntó él.

“Tengo frío porque ha helado en tiempo de moras”, le dije.

“A la mejó ha helao y a la mejó no ha helao”, dijo él.

“Mi madre dice que sí.”

“No digo que la Señá Sarita no sepa ni digo que sí sepa. Pero la gente no sabe to'o.”

“¿Por qué no es la helada de las moras?”

“E demasiao tarde pa' la helaa de la moraa. La moraa ya acabaron de floreá.”

“Ella dijo que sí era.”

“La helaa de la moraa e' no má un poquito de frío. Viene y luego se va, y se vuelve verano rápido como un di'paro. Nadie sabe si e'ta vé se va a í.”

“Es junio,” dije yo.

“Junio”, replicó con gran desprecio. “Eso e' lo que la gente dice. ¿Qué quiere deci' junio? A la mejó ya se va a quedá el frío.”

“¿Por qué?”

Porque e'te año e'ta cansao. E'ta cansao y no va a producir. El Señor dejó caé una vé lluvia cuarenta día y cuarenta noche, porque e'taba cansao de la gente pecadora. A la mejó e'te año viejo le dijo al Señor, Señor, ya e'toy re' cansao. Señor, déjame de'cansá. Y el Señor dijo, Año, ha hecho lo que hapodío, dale frío y dale harapo, y que no piensen má que en lo que tienen, y Año, te puede i' a descansá.

“¿Y qué va a pasar?”

“Que la gente se va a comé to'o. El año ya no va a producir na'a. La gente va a cortá to'o lo árbol y a quemá lo pa'l frío y el año ya no va a crecé. Se lo he e'tao diciendo. Se lo he e'tao diciendo a la gente. Diciendo, a la mejó e'te año, e'te e el tiempo. Pero no hacen caso, como el año e'tá cansao. A la mejó e'te año aprenden.”

“¿Y todo se va a morir?”

“To'o y todito, así será.”

“¿Este año?”

“No hay modo de sabé. Quizá e'te año.”

“Mi madre dijo que es la helada de las moras,” dije yo confiadamente y me levanté.

“No digo yo na'a contra la Señá Sarita”, dijo él.

Me fui a la puerta del granero. Tenía realmente frío. Al correr, había sudado y ahora estaba peor.

Me detuve en la puerta, mirando a Jebb, que estaba desgranando maíz de nuevo.

“Hay un vagabundo que vino a la casa, le dije. Ya casi se me había olvidado.

“Ah sí.”

“Vino por el camino de atrás. ¿Qué estaba haciendo ahí durante la tormenta?”

“Vienen y van”, dijo él, “no hay regla.”

“Traía un cuchillo feo.”

“Lo bueno y lo malo, vienen, vienen, y van. Tempestá o sol, lu' o oscuridá. Así hay gente que se va y se viene así.”

Me entretuve en la puerta, tiritando.

El me observó un momento y luego dijo. “Vete a la casa, Te va a morí. ¿Luego qué va a deci' tu mamá?”

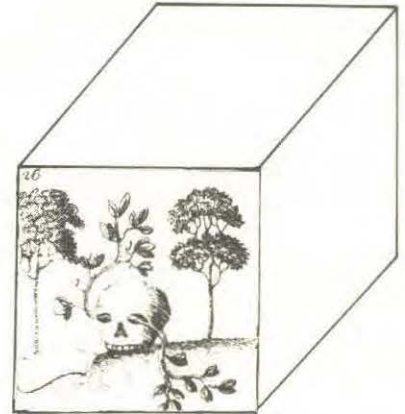
Yo vacilaba.

“Que te vaya,” dijo él.

Cuando llegué al patio de atrás vi que mi padre estaba parado junto al portal trasero y que el vagabundo venía caminando hacia él. Empezaron a hablar antes de que me les acercara, pero llegué justo cuando mi padre estaba diciendo, “Lo siento, pero no tengo trabajo que darle. Tengo completa la gente que necesito en la finca por ahora. No voy a necesitar ningún extra hasta que desgranemos el trigo.”

El extraño no replicó, nada más se quedó viendo a mi padre.

Mi padre sacó su monedero de piel, y sacó medio dó-



lar. Se lo alargó al hombre diciendo: "Esto es lo de medio día."

El hombre miró la moneda y luego a mi padre, sin hacer por coger el dinero. Pero esa era la paga correcta. Un dólar al día era lo que se les pagaba allá en el 1910. Luego dijo, muy despacio y sin exaltación: "Yo no quería trabajar en su — granja."

Uso la palabra *aqtúella* cuyo empleo me habría costado la muerte a palos.

Miré la cara de mi padre que se tornó lívida a pesar de lo tostado del sol.

Luego dijo. "Salga de aquí. Salga de aquí o no respondo."

El hombre dejó caer la mano derecha en la bolsa del pantalón. Era la bolsa en que guardaba el cuchillo. Iba yo en ese instante a gritarle a mi padre lo del cuchillo cuando la mano volvió a salir sin nada. El hombre sonrió como torciendo la boca, dejando ver el lugar donde le habían tumbado los dientes arriba de la cicatriz fresca. Pensé en ese momento cómo quizá había tratado antes de encajarle el cuchillo a alguien y cómo le habían tumbado los dientes.

Así es que ahora nada más mostró esa risita torcida y enferma en su cara gris y desdibujada, y luego escupió en la vereda de ladrillo. El globo de su saliva calló como a seis pulgadas de la punta de la bota derecha de mi padre. Mi padre volvió la vista hacia abajo para verlo, y lo mismo hice yo. Creo que si la saliva le hubiera dado a la bota de mi padre algo habría pasado. Miré hacia abajo y vi el globo brillante, y a un lado de él las fuertes botas de vacueta de mi padre, con los ojillos de latón y las cintillas de cuero, botas pesadas que se habían salpicado de buen lodo rojo y que estaban plantadas sólidamente sobre los ladrillos, y del otro lado los zapatos negros, puntiagudos y rotos, en los cuales el lodo se veía tan triste y fuera de lugar. Luego vi cómo uno de los zapatos negros se movía un poco, con sólo una contracción primero, y después dando realmente un paso atrás.

El hombre se movió dando un cuarto de vuelta hasta el extremo del portal, mientras mi padre mantenía la mirada fija en él todo el tiempo. Al extremo del portal el hombre se estiró hasta el estante donde estaban las bandejas para coger su bultito envuelto en papel. Luego desapareció al dar la vuelta a la esquina de la casa y mi padre subió al portal y entró a la cocina sin decir palabra.

Seguí fuera de la casa para ver qué iba a hacer el hombre. Ahora ya no le tenía miedo aunque tuviera el cuchillo. Cuando estuve frente a la casa lo vi salir por la puerta del corral y seguir por la calzada hasta el camino. Así es que corrí a alcanzarlo. Había caminado como sesenta yardas por la calzada cuando lo alcancé.

Al principio no me le emparejé, sino que lo fui coleando, como hacen los chicos, a una distancia como de siete y ocho pies, corriendo de cuando en cuando dos o tres pasos para mantener mi distancia respecto a sus largos pasos. Cuando me le acerqué primero por detrás volteé a mirarme, con una mirada vacía, y luego fijó los ojos en la calzada y siguió caminando.

Cuando hubimos doblado la vuelta de la calzada que ya no nos permitía ver la casa, y empezamos a caminar

por el lindero del bosque, decidí emparejarme. Corrí unos cuantos pasos, y me coloqué a su lado, o casi, pero dejando cierta distancia a la derecha. Caminé de ese modo un rato y nunca se fijó en mí. Seguí caminando hasta que llegamos a divisar la reja grande que conducía al camino.

Entonces le dije: "¿usted de dónde viene?"

Entonces se me quedó viendo con una mirada que mostraba casi sorpresa de que yo estuviera ahí. Luego dijo, "A ti qué te importa."

Proseguimos otros cincuenta pies.

Entonces dije, "¿a dónde va ahora?"

Se detuvo, me examinó imparcialmente por un momento; luego de repente dio un paso hacia mí e inclinó la cabeza adonde yo estaba. Los labios se contrajeron, pero sin risita, para mostrar el lugar donde le habían tumbado los dientes y para hacer que la cicatriz del labio inferior se volviera blanca por la tensión.

Y dijo: "Deja de seguirme. Si no dejas de seguirme te corto el pescuezo, muchacho."

Luego prosiguió hacia la reja y tomó el camino.

Eso sucedió hace treinta y cinco años. Desde entonces han muerto mi padre y mi madre. Yo era todavía chico, aunque ya mayor, cuando mi padre se hirió con la hoja de la segadora y murió de tétano. Mi madre vendió la finca y se fue a vivir a la ciudad con su hermana. Pero nunca se recuperó después de la muerte de mi padre y murió antes de tres años, en la plenitud de la vida. Mi tía decía siempre, "Sarita murió de pena, era tan fiel."

Dellie murió también, pero murió, según supe, después de mucho tiempo de que vendimos la granja.

En cuanto al pequeño Jebb, llegó a ser un negro malo y pendenciero. Mató a otro negro en una riña y fue a dar a la penitenciaría, donde está todavía, según lo último que oí decir. Probablemente creció malo y pendenciero por tanto que lo molestaban los chicos de los otros arrendatarios, que tenían celos de Jebb y de Dellie por ser industriales y listos y por ser negros de gente blanca.

El viejo Jebb vivió siempre. Lo vi hace diez años y tenía ya como cien y no había cambiado gran cosa. Estaba viviendo por entonces en la ciudad, de caridad —era en el tiempo de la Depresión— cuando fui a verlo. Me dijo. "Soy demasiado fuerte pa' mori. Cuando era muchacho, no má creciendo y mirando como eran la cosa, le pedí al Señor. Y dije, oh, Señor, dame fue'za y ha'me fue'te para hacé y resistí. El Señor escuchó mi oración. Me dio fue'za. Yo e'taba rete orgulloso de e'tá fuerte y de sé muy hombre. El Señor me concedió lo que pedí y me dió fue'za. Pero ahora me dejó y se le olvidó y me dejó solo con mi fue'za. El hombre no sabe qué pedí y e' mortal."

Jebb probablemente vive todavía, hasta donde he sabido.

Eso es lo que sucedió desde la mañana en que el vagabundo inclinó la cabeza hacia mí y me mostró los dientes y dijo: "Deja de seguirme. Si no dejas de seguirme te corto el pescuezo, muchacho." Eso fue lo que dijo, para que no lo siguiera. Pero yo lo he seguido a lo largo de los años.